

**CESARE PAVESE**  
**ANTES DE QUE CANTE**  
**EL GALLO**

TRADUCCIÓN DE ISABEL VERDEJO Y ESTER QUIRÓS

**PRE-TEXTOS CONTEMPORÁNEA**



Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados y otras fuentes controladas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

TÍTULO DE LA EDICIÓN ORIGINAL EN LENGUA ITALIANA

*Prima che il gallo canti*

*Primera edición: octubre de 2013*

Diseño de la colección: Andrés Trapiello y Alfonso Meléndez

Imagen de la cubierta: © Luis Marsans

© Cesare Pavese, 2013

Copyright 1948 by Giulio Einaudi editore, Torino

© de la traducción: Isabel Verdejo y Ester Quirós

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2013

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

[www-pre-textos.com](http://www-pre-textos.com)

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-15576-78-5 • DEPÓSITO LEGAL: V-2253-2013

ADVANTIA, S.A. TEL. 91 471 71 00

## LA CÁRCEL



## I

Stefano sabía que aquel pueblo no tenía nada de particular, y que la gente vivía allí el día a día, la tierra germinaba y el mar era el mar, como en cualquier playa. A Stefano el mar lo ponía contento: al verlo lo imaginaba como la cuarta pared de su celda, una inmensa pared de colores y frescor, en la cual podía penetrar y olvidarse de la prisión. Los primeros días hasta había llenado su pañuelo de guijarros y conchas. El comentario del subteniente, que hojeaba sus documentos, le había parecido muy humano:

—Es cierto. Siempre que usted sepa nadar.

Durante algunos días observó las chumberas y el descolorido horizonte marino como extrañas realidades que aunque fueran las invisibles paredes de una celda constituían su lado más natural. Aceptó sin esfuerzo desde el principio esa clausura del horizonte que es el confinamiento: para él, que acababa de salir de la cárcel, significaba la libertad. Además, sabía que en todas partes se cuecen habas, y las miradas curiosas y cautas de las personas le confirmaban su simpatía. Los primeros días sin embargo los campos áridos, la vegetación y un mar tan cambiante le resultaban extraños. Los veía y pensaba en ellos continuamente. Pero a medida que el recuerdo de la celda iba disolviéndose en el aire, también esas presencias fueron esfumándose.

Sintió que de nuevo lo acometía la tristeza precisamente en la playa un día en que, después de haber cruzado unas

palabras con un joven que se secaba al sol, había alcanzado nadando el escollo que a diario le servía de boya.

—Son puebluchos —había dicho aquél—, todos se largan de aquí a lugares más civilizados. ¡Qué le vamos a hacer! A nosotros nos toca quedarnos.

Era un joven moreno y fuerte, un agente de la policía fiscal de Italia central. Tenía un marcado acento, lo que gustaba a Stefano; se veían de vez en cuando en la taberna.

Sentado en el escollo con el mentón apoyado en las rodillas, Stefano entornaba los ojos y miraba la playa solitaria. El pleno sol lo aturdía. El agente tenía unida la propia suerte a la suya, y la inesperada condena de Stefano era una humillación. Aquel escollo, aquellas pocas brazadas de mar no bastaban para escapar de la orilla. El aislamiento había que repartirlo forzosamente entre aquellas casas bajas, entre aquella gente cautelosa arracimada entre el mar y la montaña. Sobre todo si el policía —como sospechaba Stefano— sólo había hablado de civilización por cortesía.

Por la mañana, Stefano cruzaba el pueblo —la larga calle paralela a la playa— y contemplaba los tejados bajos y el cielo límpido, mientras la gente desde los umbrales de sus casas lo observaba a él. Algunas casas tenían dos plantas y la fachada descolorida por el salitre; a veces la rama de un árbol detrás de un muro le provocaba un recuerdo. Entre una casa y otra aparecía el mar, y cada uno de esos fragmentos lo pillaba por sorpresa, como un amigo inesperado. Los cuchitriles oscuros de puertas bajas, las pocas ventanas abiertas, los rostros morenos, la reserva de las mujeres hasta cuando salían a la calle para tirar la basura, contrastaban tanto con el esplendor del aire que el aislamiento de Stefano aumentaba. El paseo terminaba en la puerta de la taberna, donde entraba para sentarse y disfrutar de su libertad, hasta que llegara la hora tórrida del baño.

En aquellos primeros tiempos sufría de insomnio en su casucha, ya que era durante la noche cuando la extrañeza del día lo asaltaba agitándolo, como un hormiguelo en la sangre. En la oscuridad, el rumor de las olas le parecían mugidos, la brisa un vendaval y el recuerdo de los rostros algo angustioso. De noche, todo el pueblo se abalanzaba sobre él, sobre su cuerpo tendido. Al despertar, con el sol llegaba de nuevo la paz.

Sentado al sol en el umbral, sentía su libertad, y le parecía salir de la cárcel todas las mañanas. A veces entraban clientes en la taberna que lo estorbaban. El subteniente de los carabineros pasaba a diferentes horas en su bicicleta.

La inmóvil carretera, que iba haciéndose cada vez más luminosa, se extendía ensimismada ante Stefano: no era necesario seguirla. Siempre llevaba un libro con él, que mantenía abierto y que de vez en cuando leía.

Le gustaba saludar y ser saludado por los rostros conocidos. El policía fiscal, que tomaba café junto al mostrador, le daba los buenos días con amabilidad.

—Es usted un hombre sedentario —le decía con cierta ironía—. Siempre se le ve sentado en el velador o en el escollo. Para usted, el mundo no es grande.

—También yo estoy arrestado —respondía Stefano—. Y vengo de muy lejos.

El hombre sonreía.

—Me hablaron de su caso. El subteniente es un hombre puntilloso, pero comprende con quién tiene que vérselas. Incluso le permite venir a la taberna, lo que no debería.

Stefano no estaba muy seguro de que el policía bromeara, y en aquel tono franco se notaba el peso del uniforme.

Un joven gordo, de ojos muy vivos, se paraba ante la puerta y los escuchaba.

—Galoncito amarillo, ¿no te das cuenta de que el ingeniero se limita a aguantarte, de que lo aburres?

El policía, sin dejar de sonreír, intercambiaba una mirada con Stefano.

—En ese caso, tú serías el tercero en discordia.

Los tres se observaban, unas veces sosegados y otras con ironía, pero sonrientes. Stefano se sentía ajeno a aquel juego, e intentaba equilibrar las miradas y sopesarlas. Sabía que para romper la barrera bastaba con conocer la caprichosa ley de aquellas impertinencias y tomar parte. En el pueblo todos se hablaban así, a base de miradas y bromas. Otros hombres desocupados entraban en la taberna y la competición se ampliaba.

El joven gordo, que se llamaba Gaetano Fenoaltea, era el mejor en aquella competición, sobre todo porque estaba delante de la taberna, en el negocio de su padre, dueño de casi todas aquellas casas, y para él cruzar la calle no suponía abandonar el trabajo.

Aquellos desempleados se sorprendían de que Stefano acudiera a diario a la playa. Alguno de ellos lo acompañaba de vez en cuando; incluso le habían indicado la comodidad del escollo; pero sólo lo hacían por compañía o por un capricho inconstante. No entendían su costumbre, la juzgaban infantil: nadaban y conocían las olas mejor que él, porque habían jugado allí de muchachos, pero para ellos el mar nada significaba o sólo servía para refrescarse. El único que le habló más en serio fue el joven comerciante, que le preguntó si en el pasado, antes del enredo, había ido de vacaciones a la Riviera. Y Stefano, aunque algunas mañanas saliera al amanecer y se sentara solo en la arena húmeda para observar el mar, comenzó a temer la soledad cuando notaba que en la taberna nadie lo acompañaría ese día; entonces iba solamente a bañarse y pasar allí media hora.



Al encontrarse ante la taberna, Stefano y el joven gordo apenas intercambiaban un simple gesto. Porque Gaetano prefería aparecer cuando ya se había formado el corrillo, y no hablaba directamente con Stefano, sino que bromeando sólo con la concurrencia, lo aislaba en una esfera de reserva.

Pasados unos días se volvió locuaz también con él. De repente lo tomaba del brazo con cautela y le decía:

—Ingeniero, tire ya ese libro. Aquí no tenemos escuelas. Usted está de vacaciones, veraneando. Cuente a estos muchachos cómo es la Italia del norte.

Esa manera de cogerlo del brazo le resultaba siempre muy inesperada a Stefano, y le recordaba cuando de adolescente el corazón le latía con fuerza si pasaba por la calle cerca de alguna mujer. A aquella vivacidad no le era difícil resistirse, sobre todo porque se avergonzaba ante la concurrencia. Los primeros días se había sentido demasiado observado por aquellos ojitos, para poder ahora aceptar sin más tal cordialidad. Pero la aprobación de Gaetano significaba el visto bueno de toda la taberna, y éste, por más que cuando quería cortaba fríamente a su interlocutor, era ingenuo respecto a su propia autoridad.

Fue a él a quien Stefano preguntó si no había muchachas en el pueblo, y si las había, cómo es que nunca iban a la playa. Gaetano le explicó con cierta incomodidad que se bañaban en un lugar apartado, más allá del torrente, y ante la sonrisa irónica de Stefano admitió que salían de casa de tarde en tarde.

—Pero ¿las hay? —insistió Stefano.

—¡Claro! —exclamó Gaetano sonriendo complacido—. Nuestras mujeres envejecen pronto, pero de jóvenes son muy hermosas. De una belleza muy fina, que teme el sol y las miradas. Las nuestras son mujeres de verdad. Por eso las tenemos recluidas.

–En mi tierra las miradas no queman –repuso Stefano con tranquilidad.

–Vosotros tenéis el trabajo, nosotros el amor.

No experimentó la curiosidad de ir al torrente a espiar a las bañistas. Aceptó aquella tácita ley de separación como aceptaba lo demás. Vivía rodeado de paredes de aire. Pero no estaba muy convencido de que aquellos jóvenes hicieran el amor. Quizá en algunas casas, tras los postigos siempre cerrados, algunos de aquellos lechos conocían algo del amor, alguna esposa vivía su momento. Pero los jóvenes, no. Stefano captaba en sus comentarios alguna escapada a la ciudad –no siempre de solteros– y alusiones a alguna sirvienta del pueblo, bestia de carga tan despreciada que podía hablarse de ella.

Aquella pobreza se notaba sobre todo al anochecer. Stefano salía a la esquina de su casucha y se sentaba sobre un montón de piedras a contemplar a quienes pasaban. La penumbra se animaba con algunas luces y algún postigo se cerraba por el fresco. Al pasar la gente se alzaba un leve rumor y algún susurro; a veces, un grupo parloteaba. Otros grupos menos nutridos, más aislados, estaban formados por muchachas, que no se alejaban demasiado y enseguida reaparecían a la entrada del pueblo.

Parejas no se veían. Si los grupos se cruzaban, se saludaban de manera muy parca. Por lo demás, aquella reserva gustaba a Stefano, que a partir de media tarde no podía alejarse de su domicilio y, más que a la gente, buscaba la noche y la olvidada soledad de las sombras. A tal punto había olvidado la dulzura que bastaba un soplo de brisa, el canto de un grillo y un paso, la sombra enorme del cerro recortándose contra el cielo desvaído, para inclinar la mejilla sobre el hombro, como si una mano complaciente lo acariciara. La oscuridad, al hacer desaparecer el horizonte, ampliaba su libertad, dando espacio a sus pensamientos.

A aquella hora estaba siempre solo, y en soledad pasaba la mayor parte de la tarde. En la taberna, en las primeras horas vespertinas, se jugaba a las cartas, y cuando él tomaba parte, iba inquietándose poco a poco, y sentía deseos de salir. A veces se acercaba a la playa, pero ese baño desnudo y solitario en aquel mar verdoso de la marea alta lo aterraba, y lo hacía vestirse a toda prisa, cuando ya había refrescado.

Salía entonces del pueblo, que se le antojaba muy pequeño. Las casuchas, las rocas del cerro, los setos carnosos volvían a ser la madriguera de una gente sórdida, de miradas desconfiadas y sonrisas hostiles. Se alejaba por el camino que se abría paso entre algunos olivos, sobre los campos que rodeaban el mar. Caminaba con el propósito de que el tiempo pasase, de que ocurriera algo. Habría caminado hasta el infinito, ante el plano horizonte marino. Detrás del cerro el pueblo desaparecía y las montañas del interior surgían y ocultaban el cielo

No iba muy lejos. El camino era un terraplén elevado que ofrecía a la vista la triste playa y los campos vacíos. Algo más lejos, en la revuelta, se veía un poco de vegetación, pero a mitad de camino comenzaba a mirar alrededor. Todo era gris y hostil, salvo el aire y la distancia de la montaña. De vez en cuando en los campos vislumbraba a un campesino. En ocasiones bajo la carretera había alguno agachado. Stefano, que había caminado lleno de rencor, se sentía presa de una paz dolorosa, de una triste alegría y se detenía, y lentamente regresaba.

Al volver al pueblo casi estaba contento. Las primeras casas resultaban bastante acogedoras. Aparecían de nuevo, agrupadas bajo el cerro; el calor, un aire tan puro y saber que delante tenían un mar tranquilo, hacía que las viera con simpatía, casi como el primer día.